

espantoso de demacración. Saludó á mi esposa como á un ángel de consuelo, y sus lágrimas corrieron arrancadas por la gratitud. Yo me ahogaba en aquella atmósfera cargada; la impresión había sido fatal, y mi corazón se oprimía de un modo horrible al ver aquel rostro amarillento, al oír aquel acento de dolor que sonaba en la inmunda covacha como un eco funerario. Esperanza, que no apartaba de mi rostro su mirada, dirigía á aquel ser infortunado mil preguntas que ella satisfacía al instante. Supimos toda su historia, la que no repetiré por no hacer el relato interminable.

»Sólo os diré que su narración era horrible. Aquella mujer había pertenecido á la clase más elevada, había gozado de la opulencia, y arruinada por los desórdenes de un marido vicioso, había llegado á aquel estado, mientras él iba á tomar posesión del grillete del presidiario.

»Salí de allí agobiado por mil ideas contradictorias que en mi mente germinaban. Esperanza respetó mi meditación, y sólo me dijo, entregándome su bolsillo:

—»Toma la modesta cantidad que para los pobres dedico, Luis; repártela por ti mismo. ¡Es tan grato hacer el bien!

»Yo socorrí en efecto á la familia que después visitamos, les dirigí palabras de consuelo, y entonces comprendí la razón que tenía mi esposa al decir que la caridad proporcionaba mil placeres. Jamás había sentido mi alma la suprema dulzura que la inundó al recibir las bendiciones de aquellos infelices; jamás

había conocido emoción tan grata, tan tranquila y duradera.

»Tenían niños, y al darme todos las gracias con sus voces infantiles, con su gracia angelical, olvidé mis preocupaciones y los senté sobre mis rodillas, gozando con las caricias de aquellos ángeles como no había gozado en mi vida. Al abandonar aquella casa, el rostro de Esperanza irradiaba de alegría; el mío había perdido su sombría preocupación, y estimulado por el placer que había sentido, corría presuroso á buscar otro igual, socorriendo á nuevos hijos del infortunio. ¡Qué cierto es que el ejercicio de la caridad, cuanto más se practica, más seduce!

»A la primera casa fui llevado; en la segunda penetré con gusto; corrí ansioso á la tercer visita, y al concluir la mañana, una completa revolución se había operado en mí. Estos son los verdaderos goces — exclamaba, — estos no pasan nunca porque se conserva siempre en el alma su benéfico recuerdo; inundan el corazón de paz y ventura; dejan la conciencia limpia como el alma de un niño.

»Comprendí perfectamente la gran lección que en aquel paseo matinal me había dado mi buena esposa, y pensé aprovecharla.

»Al llegar á casa, mi mujer parecía completamente feliz; adivinaba lo que por mí pasaba. Yo no podía olvidar el triste aspecto de las desdichadas que habíamos visto, y al pensar que Esperanza podría encontrarse por mí en tal situación, me estremecía de horror.

»Me senté á sus pies cuando en su habitación penetramos, y «¿Me perdonas?» la pregunté, latíendome el corazón con la misma fuerza que cuando solicitaba su amor y pedía el anhelado sí.

»Ella lanzó un grito de alegría.

—»Con toda mi alma — exclamó. — Tienes perdonados tus pequeños pecadillos. ¡Oh!, no me equivocaba al creer que tu alma era siempre noble. Tus sentimientos bellísimos han respondido á mi cariñoso llamamiento, y has comprendido tus errores. Doy gracias á Dios con todo el fervor de mi alma porque ha tocado tu corazón, y al inundar tu alma del santo placer que he querido que conozcas, ha arrancado la venda de tus ojos.

—»Sí, Esperanza, la ha arrancado completamente. Al conocer todo lo indigno de mi conducta, he visto que el móvil de ella ha sido un amigo miserable, que, no sé por qué motivo, me conducía con rapidez á la desgracia.

—»Ahora — exclamó con alegría, — ahora ves claro, Luis mío. Ese fatal amigo que tanto me ha hecho sufrir, quería perderte; ha tiempo que lo he comprendido, mas he callado al ver tu confianza, esperando que tú mismo lo conocieras; lo que no puedo adivinar es por qué quería hacer nuestra desdicha. Espía sus pasos, fijate en sus acciones todas, y lo sabremos al fin.

—»Yo descubriré el hilo de su trama, y mi desprecio arrojará al rostro del miserable su vil acción. Pero dejemos á ese malévolo personaje que ha logrado

trastornar mi cabeza y adormecer mis buenos instintos, para ocuparnos de nosotros. Esperanza, tú decías bien, el ejercicio de la caridad proporciona los goces más inefables. Con gusto te confieso que hoy he experimentado el placer más grato é intenso que he conocido en mi vida.

—»¡Oh!, mi corazón no me engañó, mi plan ha salido bien. ¡Gracias, Dios mío!

—»Desde este instante estar á tu lado será mi mayor ventura; no me separaré de nuestro nido de amor, y te ruego que demos todos los días este matinal paseo, que hagamos diariamente tan santa excursión.

»Esperanza estaba loca de contento; hizo traer á nuestra pequeña hija, y los tres formamos un grupo encantador.

»Como había dicho á mi esposa, me dediqué á buscar el móvil que había impulsado á mi perverso amigo; pronto lo encontré. Supe la estrecha amistad que le unía á mi implacable enemigo y lo comprendí todo: estaba vendido á él, y su plan era desunirnos y arruinarnos.

»Lo insulté, le hice conocer que había descubierto su infame intención y lo arrojé de mi casa á puntapiés. Quedamos en calma y nuestra dicha no se vió en nada turbada; pero no fué duradera.

»La justicia se presentó un día en mi morada acusándome de conspirador; yo no me había metido nunca en política, y quedé tranquilo creyendo aquella visita una equivocación lamentable; mas registraron mi casa

y entre mis papeles encontraron documentos que me comprometían y que probaban claramente mi complicidad en una conspiración secreta y bien dirigida. Entonces mi terror no tuvo límites, porque comprendí que la oculta mano que ha tiempo nos perseguía había colocado aquellos papeles entre los míos, y conocí lo difícil que me sería justificarme. A pesar de las lágrimas y el dolor inmenso de Esperanza, me llevaron preso como á un criminal.

»Fuí conducido á un calabozo tan inmundo como el del último asesino, y durante quince días devoré la inmensa amargura de encontrarme alejado de mi familia y sumariado. Al fin pudo conseguir mi esposa autorización para visitarme, y al verla, al oír su acento purísimo, mi dolor se calmó.

»Esperanza estaba triste, pero en su rostro resplandecía la plácida calma de siempre; en sus ojos bebí á raudales la dulcísima esperanza que su alma infundía á la mía. La hablé de los desesperados días que había pasado.

— »Luis — murmuró con su cariñoso acento, — ¿será posible que por un contratiempo como éste te desesperes? No imaginaba que fuese tu alma tan pequeña. ¿Crees, acaso, que vas á ser condenado? No, Luis mío; si la humana justicia se equivoca, la divina no yerra jamás; ella que ve las conciencias hará que te justifiques y saldrás de aquí más honrado que nunca, cubierto con el manto augusto del sufrimiento. Tú confiesas que he logrado encender en tu alma la llama

purísima de la fe; pues bien, acógete á ella como á una égida salvadora, y no sentirás la desesperación. Confía en Dios, que Él no permitirá que seas condenado como culpable, siendo inocente. Si tienes además un ángel que por ti ruega, nuestra hija, ¿qué temes? Espera y confía.

»Su voz resonaba en mi alma como una melodía divina, llenándome de consuelo, y sólo pude murmurar las frases de siempre:

— »¡Eres una santa, Dios te bendiga!

»El eco de sus inspiradas palabras quedaba encerrado en el alma del pobre preso como un depósito sagrado y derramaba en mi ser cristiana resignación.

»No relataré á usted la marcha del proceso; baste saber que al fin conseguí justificarme; pero en este país, que todo cuesta tan caro, se necesita gastar un capital para rechazar de sí una acusación tan complicada como la que sobre mí pesaba, y yo gasté casi todo el mío, quedando poco menos que arruinado; mas lo importante es que salí de la prisión más honrado que nunca, como había dicho mi buena esposa; y á su lado, en su invariable cariño, encontré de nuevo la paz y la ventura.

— »¿Ves — me dijo al estrecharme libre contra su pecho, — ves cómo Dios no abandona nunca á los que en Él confían? Ya eres libre, y el placer que sientes en este instante te remunera con creces del pasado sufrimiento. Dios, siempre grande, prueba palpablemente la inocencia del que realmente lo es.

— » ¡Oh!, sí, tú tienes razón; sin la ayuda de Dios me hubiera sido imposible probar mi inocencia. Él me ha salvado, porque tengo un ángel que por mí intercede, mi santa, mi noble Esperanza.

» Mucho habíamos sufrido, mucho pasamos durante los meses de prisión; pero aún no era bastante para aplacar la cólera del que había jurado hacer nuestra desgracia; su odio implacable nos perseguía hasta sumirnos en la miseria; y viendo que sus planes no dieron el resultado que esperaba, fraguó otro que había de ser el complemento.

» Volvíamos una noche del teatro contentos y satisfechos; llamamos como siempre á nuestra casa y nadie nos abrió; volví á repetir, y obtuve la misma respuesta; sobresaltado ya, llamé con más viveza tres ó cuatro veces; en fin, para abreviar, se abrió con ganzúa la puerta y recibimos una sorpresa terrible: los cajones abiertos, las cómodas rotas, los baúles descerrajados, todo me indicó que habíamos sido robados. En efecto, se habían llevado cuanto poseíamos, pues á la sazón tenía en mi casa el pequeño capital que me quedaba.

» Los criados habían huído, y sólo encontramos á la niñera maniatada y con una mordaza. Declaró que unos hombres enmascarados se habían llevado cuanto valía algo, dejándola á ella en aquel estado. Fué imposible averiguar más, y quedamos completamente arruinados. Esperanza sufrió mucho, porque veía el triste porvenir de nuestra hija; pero al fin venció su

firme voluntad, y como siempre, se sobrepuso, presentando al destino su erguida frente y á mí su sonrisa de inagotable esperanza.

» Yo caí en un profundo abatimiento, del que no podían sacarme los esfuerzos que mi esposa hacía por distraerme. Un día abordó resuelta la cuestión que temía tocar.

— » Luis mío — dijo, estrechando entre las tuyas mis manos, — estás triste y abatido como si todo hubiera concluído para ti, como si Dios hubiera eclipsado á nuestros ojos la luz radiante de la esperanza, y nada de esto ha sucedido. Un escollo de los muchos que se encuentran en la vida se ha colocado á nuestro paso; pero Dios nos dará fuerzas para salvarlo. Un contratiempo ha venido á turbar nuestra ventura; mas pasada la primera dolorosa impresión, tenemos la fuerza de voluntad para olvidar la desgracia, y la obligación sagrada de dedicarnos á remediar el mal. Tú sufres porque crees imposible salir de esta apurada situación, y te equivocas, Luis; nada hay imposible en el mundo, teniendo la ayuda de Aquel que todo lo puede.

» Al oír esto, lancé una exclamación de sorpresa.

— » Sí, Luis — afirmó. — ¿Qué duda hay de que nuestra situación pueda tener remedio? A nuestra vista se presenta un camino que tú no has reparado y el cual nos conducirá de nuevo á la felicidad. Tenemos un medio de reconquistar honrosa y dignamente lo perdido.

— »¿Cuál, cuál?

— »El trabajo. Tú que no has trabajado nunca, no has pensado que el trabajo honra, regenera, eleva el alma, y es el antídoto más poderoso contra los vicios; él, al distraer la imaginación, aparta de ella malos pensamientos y llena el corazón de plácida calma. Trabajemos, Luis mío, trabajemos para nuestra hija, y el cielo colmará nuestros afanes.

»Yo bajé la cabeza avergonzado; como ella había dicho muy bien, acostumbrado á ser rico, no me había ocurrido que era joven y podía trabajar. Agradecí con el alma aquella indicación que abría nuevos horizontes á mi vista, y exclamé con entusiasmo:

— »Sí, mi querida Esperanza, tienes razón, como siempre: el trabajo regenera; trabajaré, pero yo solo, que mía es la obligación de hacerlo; y si con mi trabajo puedo proporcionarte alguna comodidad, me creeré feliz.

— »¡Oh!, gracias, Luis mío; aún podemos encontrar la dicha, porque eres el mejor, el más noble de los hombres.

— »Sólo un miserable podía ser malo á tu lado.

»Desde aquel día puse en juego todas mis relaciones para encontrar un destino por modesto que fuera; y á la idea de poder trabajar para ellas, para mi esposa y mi hija; á la idea de serles útil proporcionándoles el sustento con el sudor de mi frente, mi pecho se ensanchaba; había perdido mi sombrío abatimiento, sonreía tranquilo al modesto, pero honrado porvenir que á mis

ojos se presentaba, y bendecía como siempre á la mujer que me había hecho amar lo que más lejos estaba de mi pensamiento: el trabajo.

»Todos mis esfuerzos se estrellaban, sin embargo, contra una barrera insuperable; el influjo de mi encarnizado enemigo que detenía cuantas propuestas hacían para colocarme. Por nuestra suerte, y es la primera vez que del mal de otro me he alegrado, el anciano implacable fué por Dios llamado á su justo tribunal, y murió dejándonos libres de su odio feroz. En seguida logré el anhelado destino, que aunque modesto, nos permitía vivir con desahogo.

»Seis meses lo desempeñé con placer, porque el trabajo tenía un encanto completamente nuevo para mí y me proporcionaba una existencia llena de tranquilidad; mas cumplido este tiempo, y merced á uno de esos bruscos cambios de la política tan comunes en nuestra patria, me dejaron cesante cuando mi esposa acababa de dar á luz nuestro segundo hijo. Quedamos en situación más apurada que nunca; no me abatí sin embargo; mi esposa me había probado que Dios nunca nos abandona, y esperaba, seguro de que al fin nos tendería su mano protectora.

»Subsistimos algunos meses vendiendo cuanto poseíamos. Bien pronto no tuvimos qué vender y esta buhardilla fué nuestro refugio. Busqué hasta el trabajo corporal; en los talleres no me admitían porque no sabía ningún oficio; en las obras me rechazaban, no querían á un señorito delicado para llevar espuelas

de tierra. ¡Oh, sin la resignación que esa santa ha sabido introducir en mi alma, el crimen me hubiera abierto sus brazos!

»Ella, Esperanza, tuvo hambre, mi hija pidió pan y salí como un loco á pedir una limosna, cuando para nuestro consuelo la puso á usted Dios ante mi paso.»

III

Luis se detuvo fatigado. La noble señora fijó su mirada llena de admiración en Esperanza, que bajaba la suya ruborosa.

— ¡Oh!, tiene usted razón — exclamó; — su esposa es un ejemplo sublime de todas las virtudes cristianas: ella debe ser muy feliz con esos bellos sentimientos, con tan santas ideas. Reciba usted, Esperanza, con la expresión de mi entusiasta admiración, mi sincero afecto. Su relato, amigo mío, me ha hecho llorar, pues comprendo lo que habrá sufrido; pero al mismo tiempo ha llenado mi alma de ventura al darme la consoladora convicción de que aún hay ángeles sobre la tierra.

— Por Dios, señora — murmuró Esperanza, — no haga usted caso de las exageraciones de Luis: su cariño le disculpa; toda esa conversión es tan sólo debida á su noble índole.

— Su modestia, Esperanza — repuso sonriendo, — sólo sirve para realzar más sus virtudes y demostrarme que las tiene todas.

— Cese, por Dios, este himno interminable de alabanzas que me confunden.

— Cesan por hoy, porque la noche avanza y tiene usted necesidad de descanso. Doy á usted las gracias por el trabajo que se ha tomado y por el buen rato que me ha hecho pasar oyendo la historia de la noble Esperanza, y me despido hasta mañana. Vendré temprano á decirles cuándo podrán trasladarse á la morada que desde hoy les pertenece como empleado de mi casa.

Luis lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¡Oh! — exclamó, — eso sería la suprema felicidad; deje usted que de rodillas le dé gracias, que con toda el alma la bendiga.

— Nada de gracias — repuso la dama, evitando que hiciera lo primero; — al proteger á ustedes cumplo un deber y satisfago un vehementísimo deseo. Dígame usted su nombre, porque antes de venir tendré el gusto de mandarles algunas ropas como un recuerdo.

Los ojos de Esperanza y de Luis se humedecieron al oír aquel delicado modo de remediar su miseria.

— Mi nombre es Luis Vázquez de Cossío, señora — dijo él.

La anciana se estremeció al oír este nombre; en su expresivo rostro se reflejó una suprema alegría; se puso en pie con viveza, y pasando su mirada llena de interés de Luis á Esperanza y de ésta á aquél, exclamó con inmensa ansiedad:

— ¿Y el de usted, cuál es su apellido?

— Esperanza Aguilar.

— ¡Ah! — murmuró, entreabriendo sus labios una sonrisa de íntima satisfacción y brillando en sus ojos un rayo de ventura. — ¡Dios sea loado! Él me ha traído aquí. ¿Has oído hablar de una hermana de tu padre establecida en Cuba desde su juventud y casada luego con el marqués de Mayarí, opulento cubano?

— Sí, sí.

— Pues bien. Soy la marquesa de Mayarí, soy tu tía, hija mía.

Y al decir esto, abrió sus brazos con amante afán. Esperanza se precipitó en ellos loca de alegría, y los besos se duplicaron, las lágrimas se confundieron, los brazos se estrecharon con intenso cariño.

— ¿Veis — exclamaba la noble señora, besando cada vez con más ternura la despejada frente de Esperanza, — veis cómo el corazón de este ángel no se engañaba al decir que Dios premia siempre al que en Él ciegamente confía? Su poder omnipotente me ha traído á vuestra puerta y ha puesto en tus labios las inspiradas palabras que han herido mi corazón. Sin tus sublimes ideas, tan bellamente expresadas, yo hubiera pasado indiferente por vuestro lado, echando en vuestra mano una moneda; tus frases de resignación despertaron mi entusiasmo, proporcionándome después el placer de saber que la mujer que las pronunciaba era mi propia sangre, la hija de mi hermano. Dios ha premiado tus virtudes, Esperanza, porque desde hoy serás mi hija.

Y contemplaba su hechicero rostro con admiración, murmurando después de estrecharla de nuevo:

— ¡Cuánto te he buscado, Esperanza! Desde que de España marché, dejándote de un año de edad, siempre te he querido mucho, porque eres la hija de mi único hermano; murió tu padre y dejé de tener noticias directas tuyas; tu tutor no se tomaba el trabajo de dárme las; pero las amigas antiguas que tenía en Cádiz me hablaban de ti, enterándome por ellas de tu casamiento con un joven llamado Luis Vázquez de Cossío. Fué la última vez que supe de ti, pues que abandonaste á Cádiz.

Muerto mi noble esposo, quedé completamente sola, y sintiendo la necesidad de tener una hija adoptiva, ya que no la tenía propia, mis ojos se volvieron á ti, y en tu busca regresé á mi querida España. Ya había perdido la esperanza de encontrarte, cuando Dios me ha puesto á vuestro paso para libraros de la miseria y ser la mensajera del premio que Él os concede. No ya una casa que os destine, mi palacio será vuestra morada; ocuparéis el sitio que hubieran llenado mis hijos, y estos ángeles serán mis nietos.

— Madre mía — exclamó Esperanza con un grito del alma, apoyando su cabeza en aquel amante seno, — Dios premie tan noble proceder.

— Así, así quiero que me llames. ¿Se convence usted ahora, Luis, de que estos males tienen remedio y que nunca el sufrimiento es eterno? Tras las lágrimas del desengaño viene siempre la hermosa sonrisa

de la esperanza. Puesto que el mundo es así y nuestro tránsito por él es tan breve, procuremos ser buenos y esperemos resignados lo que Dios nos mande, en la inteligencia de que sólo somos instrumentos de su voluntad suprema. ¿No opina usted así, Luis?

— Señora, desde que la fe entró en mi alma conducida por un ángel, así opino; y más que nunca, hoy he visto el poder de su voluntad al traer de tan extraña manera á la puerta de mi casa á nuestra noble protectora, desde ahora nuestra querida madre.

A partir de aquel instante todo fueron preguntas, respuestas, frases de ternura, cariños cambiados, la expansión, en fin, de la familia. Los niños fueron despertados, y todos, formando un grupo encantador, bendijeron á su noble y cariñosa tía.

Al día siguiente nuestros amigos ocupaban el palacio de la marquesa de Mayarí y eran presentados á la elegante sociedad como sus hijos adoptivos, haciendo al mismo tiempo testamento en el que dejaba por heredera de todos sus bienes á Esperanza: merecido premio á sus relevantes virtudes, á su cristiana fe.



... lo más importante es la explicación del *por qué* de cuanto en su casa ocurra

EL DOCTOR «POR QUÉ»

I

Cuando yo la conocí, era Clara de Montalvo uno de esos seres privilegiados que nacen para desesperación de los hombres y envidia de las mujeres. Apenas contaba entonces cuatro lustros. La naturaleza la había hecho hermosa, y el amor de su esposo la había hecho rica.

Dos angelitos de cabellos rubios y ojos azules la llamaban madre.

Tenía criados á sus órdenes y coches á su disposición, y podía realizar en el acto y sin esfuerzo alguno